

CONCEPTOS PARA UNA SOCIOLOGIA

Por Abel Naranjo Villegas

Prólogo a la 2ª Ed. de la obra *“Treinta Lecciones de Sociología Católica del doctor Abraham Fernández de Soto”*.

Desde hace dos siglos el pensamiento social ha venido creando con denuedo el horizonte de sus investigaciones y procurando realizar el deslinde y amojonamiento de esta nueva ciencia que hoy llamamos Sociología. Hombres venidos desde todas las latitudes de la filosofía, de las vertientes ideológicas más lejanas, de las más apartadas comarcas religiosas y hasta de las más contradictorias posiciones científicas se esfuerzan para demostrar los títulos de propiedad sobre este bien oculto del pensamiento humano. La controversia demuestra que esta ciencia es necesaria y que el hombre está urgido de ese instrumento para conjurar la alarmante miseria conceptual que el positivismo le dejó para interpretar los fenómenos sociales.

La insistencia con que se ha solicitado a la filosofía griega el precursorato de una disciplina científica con que el hombre pueda enfrentarse a los fenómenos de la sociedad moderna destaca, por una parte, la necesidad que de ella tenemos los hombres, y, por la otra, el afán un poco pedante de darle abolengo ilustre, remontando sus orígenes por el árbol genealógico de una familia conocida en la heráldica de la cultura, aun cuando tan vaga en la comprensión de la social. Pero revela también el temor de desprenderse del pasado y de buscar en los yacimientos del mundo contemporáneo la aparición de aquello que no puede pertenecer sino a nuestro tiempo.

El análisis de las sociedades se produce en el instante en que hay diversas unidades para comparar y contraponer. Mientras en el terreno de la lógica se consideraba una sociedad unitaria y se pensaba sólo en los tipos universales de las ciencias naturales, era imposi-

ble que se precisaran los perfiles de aquella realidad emergente que es lo social. Fue necesaria la gran peripecia de la filosofía contemporánea para que el pensamiento alemán estableciera los límites y legalidades, de una ontología de lo social, concebido hasta hoy todavía como una especie de ficción de la realidad.

Estas sucesivas etapas de la depuración conceptual son necesarias, ya que la sistematización, si no el tema, apareció para la sociología precisamente cuando se llegó a aceptar un sólo tipo de realidad, aquella que podía experimentarse por los sentidos, y que tenía extensión, peso y volumen. De ahí que el gran esfuerzo inicial para destacarla como ciencia aparte tuviera que contar con ésa anfibia calidad que parecía condenarla a ser una especie de física de la sociedad, descompuesta en sus elementos más abstractos. La filosofía moderna, empero, al descubrir con las ciencias otros tipos de realidad distinta de la física ha venido a señalar contornos a la Sociología que aparece en toda su plenitud a contraluz de ésa filosofía, emergiendo de la superficie como una de las ciencias culturales con que ésa filosofía ha alumbrado el entendimiento del hombre.

Lo social aparece, pues, como una de las provincias definitivamente descubiertas. Auncuando su objeto material coincide con los de otras ciencias histórico-sociales su objeto formal, el modo de considerarlo es, según Simmel, uno específico y definitivo para desprenderla ya como ciencia aparte. No pueden, pues, separarse en su conocimiento el objeto y el modo de considerarlo, porque éste último es el que nos sitúa ya en la perspectiva adecuada que estropeó tantos conatos en la centuria pasada. Corre, pues, una peripecia semejante a la que ha venido sufriendo la psicología, sumida hasta hace poco en aquella especie de física del alma a que la condenó el positivismo, bajo el ambiente material de las concepciones de Newton.

Max Weber y Jorge Simmel han venido a representar ahora en la Sociología la que representó Newton en los dominios de la Física. Sólo por analogía puede hablarse hoy de física de las sociedades porque su estructura es de otro orden completamente ajena a la realidad física. A través de estos dos pensadores ha adquirido el conocimiento sociológico aquella densidad y adecuación indispensable para convertirse en un verdadero instrumento de penetración para el tipo de realidad social.

Por medio de ellos nos ha sido dado penetrar definitivamente en la entraña de lo social como una entidad anímica y no corporal. Lo cor-

poral y lo espiritual son, para el caso, universales abstractos, exterioridades de fenómenos que produce el alma. Sobre la moda y el derecho, por ejemplo, puede hacerse el sociólogo disquisiciones igualmente valederas. La moda se relaciona con el cuerpo y el derecho con el espíritu. Ambas son generalizaciones de carácter universal y absoluto, aptas para ser entendidas y practicadas por cualquier sociedad y por cualquier hombre. Pero, en cambio, el centro que produce aquello, lanzándose por un lado a adornar el cuerpo y por el otro a establecer aquellas normas positivas que interpretan el espíritu en la conducta humana, no está sino en el alma que adorna el cuerpo según los peculiares gustos de una época o de una generación y a establecer normas positivas acordes con las necesidades de cada período de la historia. Desde el alma, extra-vagante de la universal, rige pues el movimiento del cuerpo y del espíritu interpretando y conociendo los hechos sociales y determinando las leyes que siguen. Esa ambivalencia del alma para penetrar el cuerpo y el espíritu simultáneamente es la gran fraternidad del hombre con la naturaleza y con la divinidad, y lo que separa al hombre de cualquier otro ser.

El hombre que es el ser coexistencial por esencia, piensa en la Sociología en las épocas de crisis. Cuando el alma de una época, de un pueblo, de una persona, siente la perturbación de los cuerpos y los espíritus busca en la sociología los conceptos para interpretar los fenómenos y dirigirlos. A este linaje debe el que pueda presentarse con calificativos que no admiten otras disciplinas exclusivamente espirituales como la matemática, por ejemplo. No entenderíamos un álgebra musulmana o católica pero entendemos, porque se refieren a otro tipo de realidad, una sociología marxista o católica. "Que la Socialización es un fenómeno psíquico, afirma Simmel, y que su hecho fundamental, el hecho de que una pluralidad de elementos se convierta en unidad, no tiene analogía en el mundo de lo corpóreo, ya que en éste todo está fijo en la exterioridad insuperable del espacio". (1).

Las ciencias naturales y las del espíritu, auxiliándose mutuamente, andan ya en las cercanías de una delimitación de zonas que colman la existencia del hombre. La descueta actitud del positivismo que se ufanaba de su generosidad porque aceptaba la dualidad de materia y espíritu va siendo sustituida definitivamente por la que reparte el hombre en las tres categorías de vitalidad, alma y espíritu. En las in-

(1) J. Simmel, Sociología, Ed. Espansa Calpe, 1939, pág. 28 T. 1º.

mediaciones de éste fértil deslinde ya se presienten los requerimientos de un reajuste de la Sociología que tomará en serio cuanto hay de inexorable y de libre en las condiciones de la existencia humana. El gran triunfo de la idea cristiana es que, todo éste planteamiento que arrancó contra él, viene a darle la plenitud en sus conclusiones. La reaparición del mundo metafísico, hundido antes en la marca de los datos, es la más visible realidad de éstas instancias. Y la concepción metafísica vuelve a radiar éstas zonas que le descubren al hombre no sólo su valor en cuanto individuo de una especie vital y anímica sino sus posibilidades como persona que, en el dominio del espíritu, encuentra sus conexiones universales para articularse en sociedad.

Esas son las líneas generales, las coordenadas que mueven este tratado del doctor Abraham Fernández de Soto. Para el universitario que quiere y necesita disponer de unos instrumentos conceptuales esta obra resulta de capital importancia. El mundo del derecho es radicalmente espiritual y sólo desde allí es posible comprender los hechos que él integra para la vida. Quien carece de adecuados instrumentos para interpretar los fenómenos sociales andará torpemente por el derecho y será como un ciego en territorio con obstáculos. La afirmación de una actitud desde la cual se interpreta y se mira el fenómeno social no es un límite sino un promontorio, cuando esa actitud tiene honestidad científica y no es unilateral. Es decir, no se extirpa todo aquello que no cabe en las conclusiones predeterminadas.

Así esta obra recoge con insuperable afán sistemático todo el aporte de las ciencias auxiliares, sean quienes sean sus expositores, sin mutilarlos, sin quitarles fraudulentamente su sentido, y sobre los datos de la experiencia histórica, de la ciencia más exigente, aparecen lúcidamente las afirmaciones y orientaciones sociológicas.

Este es precisamente el método aconsejado por el Cardenal Mercier en sus incitaciones desde la Universidad de Lovaina para promover el afán científico de los católicos. Examinando el gran pensador las causas de la parálisis de muchos católicos en el campo científico afirmaba que estaban inhibidos por la fé, temerosos de que ella entrara en conflicto con las experiencias científicas. "La fé, dijo entonces, es un instrumento negativo, no positivo para la ciencia" y, explicaba: El sabio que teme utilizar los resultados de la ciencia es porque ya lleva la duda sobre su fé en el corazón. No puede haber conflicto entre los datos que suministra la ciencia y las conclusiones de la fé porque el trasmundo que ella representa tiene legalidades indepen-

dientes de las que tiene la ciencia. Pueden coincidir o no y eso es diferente. La ciencia se nutre de ideas y la fé de creencias y el hombre está fundado en las creencias y centrado en las ideas, aparatosa instrumentalmente sólomente, pero no fines en sí.

Esa libertad de investigación es hoy más urgente que nunca. La capacidad de deformación mental que ha adquirido el hombre la está utilizando con fines proditorios que arruinan la integridad de la persona, destruyéndole el alma. Las naciones recobran angustiosamente aquellos gérmenes latentes todavía en la conciencia de la humanidad, y sembrados hace veinte siglos por el cristianismo para oponerse a esa desnaturalización del hombre. Quienes creemos en esos valores debemos tener conciencia de que la investigación científica hay que realizarla no *contra* sino *por* algo. Frente a métodos que aspiran a destruir la espontaneidad del hombre para hacerlo tributario de una deforme concepción de la sociedad sin iniciativa debemos estar ciertos de que al defender la libertad de investigación como lo proclaman los Pontífices no hacemos sino defender la integridad de la persona en una de las zonas afectadas por la gran crisis.

Bogotá, mayo de 1954.